

La ciudad de los sueños

Escribe: HUGO RUIZ ROJAS

A la Kalandraka

En aquel tiempo había empezado ya esa larga procesión de días interminables, algunos plenos de sol, reconfortantes, en que el aire tenía un color más claro, y otros grises, lluviosos, con ese caer diminuto de la lluvia sobre la tela negra de los paraguas. En las mañanas, al despertarme, permanecía un rato en la oscuridad comprendiendo haber amanecido al nuevo día y dudando entre levantarme o continuar durmiendo. Algunas veces mi despertar era tranquilo, como si ya hubiera despertado antes, y el día se me presentaba penoso, como una tarea demasiado difícil de cumplir. Eran las noches en que vemos entrar por la ventana al hombre que ha de matarnos y el sudor empieza a lavar nuestra frente mientras lo vemos acercarse, llegar a nuestro lado y levantar el cuchillo sin que podamos hacer nada para evitar su caída a pesar del horror y el mudo grito que experimentamos. Otras veces, en cambio, mi sueño era reposado. Me despertaba y veía mi alcoba sumida en la oscuridad, llena de un silencio mortal que me era familiar pero no por eso menos sobrecogedor; aunque esto lo advertía con una tímida sonrisa. Reconocía entonces todos los objetos de mi alcoba; el escritorio con sus papeles en el rincón de la ventana, la biblioteca y sus libros, los cuadros en las paredes, mi ropa sobre el asiento más cercano, el libro de Proust sobre la mesa de noche. Este reconocimiento de mi pieza lo hacía en forma casi inconsciente y experimentaba en ello cierto placer. Luego la idea del baño aparecía entre la penumbra de mi habitación y un gesto de contrariedad se efectuaba en mi rostro. El bañarme a diario constituía para mí una especie de deber moral y todos los días tomaba la determinación de hacerlo, pero rara vez lo llevaba a cabo. Me levantaba con la intención de meterme en la ducha. Abría las persianas y el sol entraba, llenándolo todo con su luz, trayendo en cada rayo un sin fin de puntillos blancos y dándole a los objetos una visibilidad completa que hacía desatender a su contorno, más notorio en la oscuridad anterior. Era entonces cuando la idea del baño se iba evaporando por alguna razón que me justificaba ante mí mismo y lo dejaba para el día siguiente. Luego de tomar mi desayuno, el que preparaba y servía yo mismo con cierta solicitud culinaria de mujer: un poco de café

negro y dos tajapán, dejaba el pocillo sobre la mesa sin mantel y trataba de leer un poco. El aire ocupaba entonces el lugar que mi cuerpo le había arrebatado y las migajas de pan debían estar esparcidas por el suelo. Desde mi alcoba, leyendo, percibía claramente la frescura o sordidez de esas mañanas. El olor de los libros nuevos era agradable de sentir, un olor no semejante a nada, algo así como la entrada a un nuevo orden de cosas que me resultaban totalmente ajenas, pero que me atraían con fuerza. El de los viejos, en cambio, no me gustaba tanto. Me parecía que las letras allí impresas iban a caer sobre mí, aplastándome, y un oscuro presentimiento me embargaba. Cuando llovía me acercaba a la ventana y veía caer la lluvia sobre los tejados y chimeneas, sobre las avenidas con sus automóviles y sus rodadas, con sus buses atestados de gente que partían hacia los edificios de la ciudad, sobre los peatones que con sus paraguas corrían al cruzar las calles, sobre la ciudad toda con sus alcantarillas y el agua que bajaba precipitadamente por las quebradas de las afueras, estrellándose contra las piedras, sobre mi soledad, que me hacía permanecer ante mi ventana viendo caer la lluvia fina, monótona, indiferente...

Otras veces, en cambio, hacía sol y mi alcoba se llenaba de luz. Era entonces la iluminación de los días lluviosos, de ver vagar por un cielo claro un hilillo endrino proveniente de las chimeneas ahumadas de las grandes fábricas, de contemplar los partidos de fútbol en los potreros cercanos, sentir el sol pegando contra mi ventana y ver a las muchachas paseando por las calles; todo esto desde mi pieza, donde me tendía a leer las páginas de Proust de las cuales se elevaban altas catedrales como emergidas de un sueño.

Acostumbraba repartir mi tiempo entre la lectura y el escribir, y trabajaba en ocasiones sobre las cuartillas. Me desesperaba ante el papel tratando de dar vida a determinados personajes y situaciones que en mis largos paseos nocturnos o en mi cuarto había imaginado. Para escribir me era necesario fumar gran cantidad de cigarrillos y trabajaba durante largas horas —el cenicero llenándose del cadáver del fuego— hasta que me cansaba y salía al ruido del mediodía para ir a almorzar en algún oscuro restaurante.

Todas las tardes de ese mes de diciembre gustaba yo de pasear por la ciudad. Caminaba lentamente por las calles, fumando, sin pensar en nada fijo o haciendo planes que nunca se cumplieron, sea por mi pobre condición económica o mi natural contradictorio que me llevaba de una cosa a otra sin que nunca estuviera satisfecho. Incluso antes de conseguirla ya me había cansado, o qué se yo. Así, acostumbraba a detenerme en las librerías para repasar títulos y escoger los que habría de comprar a sabiendas de que me sería imposible hacerlo. Hoy, caigo a veces en esa manía de soñar, pero tan pronto me doy cuenta alejo mis pensamientos con cierto desprecio por considerarlos inútiles. Tal vez yo era una de esas personas para las cuales sus propias mentiras e imaginaciones terminan, por fuerza de costumbre, convirtiéndose en verdad. Lo cierto es que entonces gustaba de pensar por las calles, buscando con frecuencia las más solitarias y tan absorto en mis sueños que más de una vez estuve a punto de ser atropellado por algún vehículo. Mis amigos decían que mi mal era una gran pereza, pero yo no lo creía así. Prefería llamarlo ocio creador. De otra parte consideraba que

no era en modo alguno pereza sino algo más. Una serie de sensaciones, impulsos, anhelos, recuerdos y hasta complejos que no podía precisar, pero que estaban ahí, y yo lo sé. Sin embargo, veía con exactitud mis indecisiones y hasta podía medir el poco alcance de mi fuerza de voluntad, al igual que lo variable de mi carácter. Todo esto me hubiera preocupado poco de haber estado seguro del valor de mi obra, pero no podía juzgarla sino a través de la crítica y como esta es generalmente cuestión de gustos, los juicios resultaban diversos y hasta encontrados, de tal forma que terminaba sin saber a qué atenerme. Otros opinaban que era yo un egoísta y a pesar de haber llegado ya a reconocerlo me asombraba siempre escuchar esa opinión. Los más me decían: “Hay que ser prácticos. Nada de soñar. Hay que ser práctico en la vida”, y yo los escuchaba con una indiferencia rayana en el olvido porque en verdad todas estas opiniones me tenían sin cuidado. Las relaciones sociales no me importaban en absoluto y esto me hacía parecer grosero a los ojos de mucha gente, lo que podía importarme menos. Era en mí casi un principio, pero en el fondo, hoy lo creo, es posible que en realidad me interesaran aquellas cosas; la vida social, los buenos modales, etc., y si no lo demostraba era solo por un temor de no llegar a ser admitido. Mi fuerte era entonces permanecer callado, caminar por las calles, entrar a los cafés y quedarme allí varias horas hasta que deseaba encontrar un amigo, pero sin hacer nada para ello y si acaso, al salir, hallaba alguno, su presencia me parecía de más y tornaba a andar solo por las calles, fumando, escuchando música en los almacenes de discos, viendo a la gente pasar hacia sus casas u oficinas o simplemente pasar, a los emboladores y policías en las esquinas, cafés o parques, a los fotógrafos de instantáneas, y en los andenes las “colas” esperando el paso de los buses; de pronto recordaba algo y me detenía, para luego sonreír y continuaba caminando; observando a los novios tomarse de las manos, a los vendedores de revistas ante sus puestos, una cantidad diversa de gente que se perdía entre las calles de la ciudad o en los edificios hasta que me cansaba y terminaba entrando a un cine para al salir, ya de noche, ver la ciudad envuelta en su cielo de imposibles.

Ciertas noches asistía a fiestas en las que no me divertía en absoluto. Me quedaba allí, con un vaso de aguardiente en la mano, viendo bailar a las parejas que se estrechaban al ritmo de la música proveniente de la radiola y que yo no tarareaba. Los miraba bailar alegremente, reír, y en los rincones los amantes besándose con impaciencia esperando su hora. Todas estas cosas me parecían absurdas. No comprendía cómo se podía perder el tiempo en tales naderías. Hacer el amor, para mí, carecía totalmente de importancia. Era algo que podía dejarse o tomarse, según el caso, pero que nunca buscaba, y de esta forma lo único que encontraba en tal manifestación era solo apreciar el placer que podía proporcionar —de ahí que nunca apagara la luz— y me fijara detenidamente en toda esa variedad de sonidos, gestos, movimientos y murmullos que emite y hace una persona cuando ama, pero nada más, y hasta podía pasarme mucho tiempo sin eso, de manera que la actitud de las parejas en las fiestas me parecía ilógica, tonta y desprovista de sentido, aunque me daba cuenta de que ellos no eran en este punto como yo, y resultaba natural su modo de obrar, pero aun así esta conducta no dejaba de extrañarme. Cuando encontraba en esas fiestas a Doris conversaba un poco con ella. Me hallaba “diferente” y me

fijaba citas a las que nunca asistía. Podía conversar con ella un rato en una fiesta, ya que estaba allí, pero me parecía absurdo ir expresamente a una cita. Adivinaba que estaba enamorada, pero a pesar de esto, qué podía hacer con ella si no era pasear, ir a cine, acostarme... Todo lo que prefería hacer solo. Ya al amanecer salía de estas fiestas, siendo casi siempre el último en hacerlo, y siguiendo la ruta de mi bus, el cual nunca tomaba, regresaba a mi apartamento pensando en lo que formaba mi vida, una vida absurda, carente de significado y en la cual me hallaba solo, con una soledad resplandeciente pero llena de un oculto sentido de renunciamiento.

Otras veces prefería pasearme por la ciudad a altas horas de la noche, cuando salía de mi apartamento, en donde había estado leyendo o tomando café, y miraba todo con rutinario asombro: las avenidas solitarias con uno que otro taxi cruzando por ellas, las pocas personas que de vez en vez pasaban a mi lado mirándome con recelo, el paso de las radiopatrullas que a toda velocidad se perdían a lo lejos, los jóvenes homosexuales que hacían su peregrinación nocturna, las gentes en los bares, y en los barrios ricos, las fachadas silenciosas del sueño, las prostitutas enfrascadas en su espera, cuando me adentraba por ciertos lugares, y el silencio de los edificios. Imaginaba a los enfermos que a aquellas horas morían solos en sus piezas, o en los hospitales, el sol que en otras ciudades del mundo estaría alumbrando, y yo, abrigado por mi gabardina, escuchaba el pitar de los trenes al partir, caminando por entre el frío de la noche, mientras fumaba lentamente hasta que me cansaba y entraba a un bar, fuera por cansancio o para protegerme de la lluvia que frecuentemente caía.

Visitaba los bares constantemente por agradarme observar la gente que en ellos hallaba. Cómo pretendían divertirse bebiendo, algunos porque sí y otros porque ya les era imposible dejar de hacerlo, y para estos el beber ya no constituía una diversión. Alguna vez escuché a una pareja, entre las intermitentes luces de colores que alumbraban la voz de la cantante, conversar, en una apartada mesa de rincón, acerca de su pobre destino de amantes. Ella decía: "En aquel tiempo aún quedaba una posibilidad de ser feliz, pero la felicidad no se reconoce a tiempo y uno termina siendo lo que somos tú y yo en esa mesa de bar: dos vasos llenos de ron". Estas palabras de la mujer me hicieron sonreír, pero con el correr de los días las recordaba sin que pudiera explicarme su recuerdo.

Esta era entonces mi vida, y hoy recuerdo todo ese tiempo sin nostalgia, más bien con indiferencia. Una época totalmente muerta, con una sutil angustia interior que fue acrecentándose hasta terminar en mis borracheras diarias. Y la soledad que me acompañó durante aquel tiempo.